

cerrados, y la risa, y tantas, tantas cosas en tan reducido espacio...»(1).

Hay, a veces, en este poema en prosa, una atmósfera inasible que no recuerda a Rosamel del Valle, sin llegar, empero, al esoterismo de aquel profundo escritor. Tiene el libro párrafos como los de las páginas 44 y 55—cuya letra no citamos por no alargarnos demasiado—que son de enorme sugerencia. Prodigados a través de una novela larga—alternándolos, por cierto, con algún relato más objetivo—podrían llevar a María Elena Aldunate a la primera fila de nuestros escritores.

*Candia*, que en sus mejores momentos formales nos da un estilo depurado con algo del gran Barrios, pasó junto a nosotros como un bordado de letras inasibles, del mismo modo que la extraña muchacha esfumada.

Pero la realidad del hermoso libro que tenemos ante nuestros ojos y de su vivencia artística que hemos disfrutado desmienten aquella postrera sensación.—HUGO LASO JARPA.



«HOMBRES DEL RELONCAVÍ», por *Julio Silva Lazo*

«Hombres del Reloncaví» es el tercer libro de la Colección Araucaria, que edita Nascimento. Y, como viene prologado por Mariano Latorre, se ha dicho que es un libro criollista. Para la mayor parte de nuestros críticos es suficiente una motivación literaria con vinculaciones campesinas, para que la expresión *criollismo* revuele con aire despectivo en la extensión de sus crónicas.

Sin embargo, en ninguna parte de este libro aparece el regodeo paisajista o la morosidad en la descripción de las costum-

---

(1) Nótese cómo el ritmo que arrastra al lector va «in crescendo», cual una composición musical, cuando el sonido toma cada vez más cuerpo.

bres, usos, o tendencias locales, con ánimo determinado, como podría entenderse el criollismo en literatura.

Los extremos de Chile son los más abandonados literariamente, a pesar de las excepciones vigorosas de «Norte Grande» y «Cabo de Hornos». Como los cuentos de Coloane, estos relatos de Silva Lazo tienen la novedad de los personajes, de la tierra y el medio, casi vírgenes, no captados aún. Pero a estos hombres, no obstante su diferente ubicación geográfica, se les siente hermanados por una misma calidad. De ahí que la sorpresa y el desequilibrio que produce la situación de algunos relatos en Doñihue—conocido, cercano, familiar—y luego la traslación brusca al Reloncaví, sea transitoria, permaneciendo la condición humana que los identifica.

La espontaneidad, la sencillez de estos relatos, que se mantienen como cualidades esenciales en todo el libro, no alteran ni debilitan la jerarquía de los elementos. Estas son las condiciones que le dan frescura y novedad a este hacer literario de Silva Lazo, sin escuela, directo, puramente intuitivo.

Así como el autor se desprendió de la preocupación retórica, del artificio, para dar paso a la llaneza de su estilo directo, procedió de igual manera con la forma y con la técnica tradicional del cuento. Rota esta limitación, queda uniendo el contenido del libro la evidente raíz autobiográfica que lo aproxima a un diario, a un libro de viajes.

El paisaje de Silva Lazo nunca se manifiesta aislado, no obstante ser un paisaje dado sólo a través de su propia visión, objetivado. La descripción de este paisaje perdura por su vigor, por su agitado entrelazamiento con sus personajes, que también son observados de manera objetiva, sin muchas complicaciones, destacando preferentemente su pintoresquismo. Bastaría señalar «Comprando Hacienda» y «Ocho votos».

El prologador acierta al reparar en el carácter esencialmente novelesco de uno de estos relatos, titulado «La Creciente». Pero además es preciso señalar que en este relato se manifiestan

de manera más completa las condiciones narrativas de Silva Lazo, que indican el surgimiento indubitable de un novelista magnífico. Estos hombres del Reloncaví, su breve pero segura experiencia literaria, sin ningún titubeo, le darán la novela que anuncia, sin decirlo, las páginas de este primer libro suyo que comentamos.

Silva Lazo llega aparentemente tarde a la literatura de Chile; pero a quienes poseen, como él, talento y seguridad para cumplir este mandato de escribir, el tiempo les ayuda en el apasionamiento. Entre los maestros de la novela y el cuento chilenos, hay más de un caso de comienzo tardío, que impuso su calidad no obstante las reticencias temerosas de algunos o el ataque desembozado de otros.—J. I. V.